

III.

Llegaron, por fin, á Italia con la penuria, la lentitud y la dificultad que por entónces ofrecian los medios de transporte, tan fáciles hoy y tan cómodos.

El matrimonio se celebró en Pavia. Lotario, *el Joven*, era lo que su retrato prometia. Un bello adolescente, pero tan débil que no era posible resistiese á ninguna de las conmociones del infortunio.

Era una rama que necesitaba el apoyo de un fuerte tronco; apoyo que hasta entónces le ofreciera su padre, pero que poco despues perdió por el alejamiento de aquel á causa de las discordias del país.

Parecia muy enamorado de su esposa, y ésta le dedicó un amor tan tierno como exclusivo.

Las guerras intestinas desolaban hacia algunos años á Italia. «Tres viudas, dice un historiador (1), dominaban á la sazón aquel país con la fuerza de sus encantos y de sus intrigas; eran Berta, viuda del marqués de Toscana; su nuera Marozia, mujer y madre de Papas, viuda de Alberico, Marqués roma-

(1) Cantú.

no, y Hermengarda, marquesa de Ibreá é hija del duque de Toscana. Hugo, padre de Lotario, se casó con Marozia, la más poderosa de aquellas tres seductoras sirenas que ocupaba el castillo de S. Angelo y disponia á su antojo de Roma y del pontificado.»

Pero bien pronto la guerra, apoyada en disturbios de familia, encendió de nuevo su sangrienta tea. Marozia mandó un día á Alberico, hijo de su primer matrimonio, que sirviese á Hugo agua para lavarse; pero habiéndolo hecho de mala gana, Hugo, que era de carácter violento y desapacible, lo castigó con un bofetón.

Alberico vengó aquella injuria del modo siguiente: huyó de la casa materna, convocó á la nobleza, atacó el palacio que habitaban su madre, su padrastro y Lotario, hijo de Hugo, y se puso al frente del gobierno de Roma.

Hugo huyó á su patrimonio de Arlés y desde allí ordenó á su hijo Lotario que se presentase á la Dieta de Milan y que pidiese para sí la corona soberana, que él renunciaba.

«Tu prometida—escribia aquel Príncipe turbulento y cruel á su hijo—es digna de ese rango, y debes ocuparlo por ella y por tí. El mundo entero proclama la belleza y las virtudes de Adelaida, y esta coronacion y la adquisicion de esos Estados, son el mejor medio de apartar todas las rivalidades que te perjudicarán en su corazón.»

Lotario obedeció á su padre: presentóse á la Dieta; pero Adelaida llegó con su tutor algunos dias ántes de que se le concediese la corona que tenia prometida y que, al fin, ciñó las frentes de ambos esposos poco despues de celebradas las bodas.

Hubo en el país, así por la coronacion como por el casamiento, muchas fiestas y regocijos. Teofrasto, pasados éstos, y seguro de la dicha y de la tranquilidad de su amada pupila, se volvió á Borgoña, dejando al lado de aquella á sus doncellas de honor y á la fiel Gosvinta, que la acompañaba á todas horas y le dedicaba todos sus cuidados como una madre cariñosa y tierna.

Lotario, á pesar de su debilidad aparente, tomó para gobernar su reino medidas enérgicas, que sorprendieron á los intrigantes y pervertidos cortesanos; ninguno de ellos esperaba nada de aquel tierno y hermoso mancebo, que parecia haber nacido sólo para amar; ninguno creia que aspirase á más que á los goces de la corona, y todos pensaban que se cuidaria muy poco de desempeñar las árduas obligaciones de un soberano; pero Adelaida estaba allí, y su influencia se hizo sentir bien pronto en el espíritu débil y apocado de su marido.

La astuta Marozia, madrastra de su esposo, fué la primera que conoció de dónde procedia el mal; separada de su marido,—pues ya se ha dicho que Hugo se habia retirado de Arlés,—habia procurado

acercarse al hijo de éste, porque en su afán de dominio creyó que al lado de Lotario gobernaria fácilmente la Italia.

Sin embargo, halló imposible el mezclarse en los negocios de Estado, á pesar de sus intrigas; estrellábanse éstas contra la inamovible firmeza de la Reina, que, sin perder su prudencia y su decoro, sostenia el valor de su esposo contra las exigencias de su madrastra, y le hacia estar en guardia contra todas sus extratagemas.

Pronto, empero, un rudo golpe de la suerte hirió á Marozia, como si el cielo deseara ó quisiera castigar todos los crímenes y manejos de aquella cortesana; su esposo, aunque lejano de ella, la repudió y se casó con Berta de Suavia.

Un año despues de su enlace, Adelaida dió á luz una graciosa niña, á la que se llamó Eruma, y casó años más tarde, con Lotario, rey de Francia.

Otros dos años se pasaron en la paz y la alegría; la jóven Reina era adorada de todos sus súbditos; su manó, abierta siempre para el infortunio, se extendia á las más ocultas miserias.

Era el amanecer de un dia de invierno, cuando algunos soldados que andaban por una de las principales calles de la ciudad, vieron desembocar por otra callejuela oscura á una mujer vestida de negro y cubierta con un largo velo.

A pesar de lo oculta que iba, era su apostura tan

graciosa y elegante que aquellos hombres no dudaron de que era jóven y bella.

Apresuraron el paso y se acercaron á ella que, al sentirlos próximos, aligeró tambien el suyo como la gacela que se siente perseguida por los lebreles.

Los soldados, al ver que salia al campo por una de las puertas de la ciudad que acababan de abrir, se dieron por muy contentos diciéndose que, una vez en despoblado, seguramente no podria escapárseles la presa.

La encubierta caminaba con el mismo paso ligero hasta llegar á unas cuevas que se abrian al pié de un monte y que daban asilo á los indigentes que salian de dia á implorar en los caminos la caridad pública.

Algunos de aquellos desgraciados eran vecinos de las aldeas, asoladas por el vandalismo de las tropas y por esas mil tropelias que las guerras originan

Las cuevas, que se veian al pié de la montaña, las habian abierto ellos mismos para buscar algun asilo que les libertase de las iras de los elementos.

La velada dama entró en la primera de aquellas cavernas y algunos soldados asomaron tambien curiosamente la cabeza.

En el fondo de la cueva, cuya puerta, formada por una gran piedra se abrió al hacer una señal la recién llegada, habia una cama de heno seco, sobre la que se extendian limpias ropas; allí descansaba

una mujer anciana, pero no dormía, porque miró con ánsia hácia la puerta así que apareció en ella la incógnita.

Dos jóvenes de muy tierna edad estaban sentadas al lado de un hogar improvisado en el que, al calor de un escaso fuego, se preparaba un alimento sano y abundante; otra, más pequeña que ellas, era la que habia abierto la puerta para dar paso á la misteriosa visitadora.

Cuando estuvo dentro, levantó su velo y dejó ver un semblante hermoso y dulce como la aurora de un dia de Mayo; y los soldados, que miraban por la abertura que dejaba la piedra en su parte superior, se contemplaron unos á otros estupefactos.

—¡La Reina! murmuró uno.

—¡La Reina! ¿A qué vendrá aquí? se dijo otro: ¿Será traidora á su marido? ¿Vendrá á estas cuevas á promover una sedicion?

—¿Una sedicion con una vieja y tres niñas? repitió su compañero; por cierto que no lo entiendo; pero escuchemos.

La Reina—pues era ella, en efecto—se arrodilló ante el lecho de la anciana, que mostró una pierna vendada; descubrióla con sus delicadas manos y la curó con un frasco de bálsamo que sacó de un saquito de cuero que llevaba, así como vendajes y lienzo fino y limpio.

—¡Ah, señora! ¡Vos sois un ángel del cielo! excta-

mó la anciana que lloraba de gratitud; sin vos sin vuestra excelsa bondad, ¿qué seria de mí, qué seria de mis pobres hijas? ¡Viuda, pues mi marido murió en el campo de batalla, sola, enferma, desamparada, la miseria nos hubiese muerto á mí y á mis inocentes niñas si vos no nos hubiéseis tendido una mano salvadora descendiendo desde el cielo de vuestra grandeza á este purgatorio de dolor!

—Dios me ha dado los medios de aliviar vuestros dolores, repuso la Reina suavemente; y yo le bendigo por ello; dadle vosotras gracias á él y no á mí; porque yo soy tan débil criatura como vosotras, y nada podria por mi sola.

La Reina, despues de acabar la cura de la pobre viuda con el más solícito cariño y delicadeza, dió á las jóvenes algunas monedas y salió de la cueva para pasar á la inmediata.

La misma escena se repitió en ésta; la Reina llamó suavemente y la enorme piedra se separó para dejarle libre la entrada.

Allí gemia un pobre soldado, anciano tambien, que habia quedado ciego en el campo del combate; la Reina le consoló con dulces palabras y le dejó algunas monedas.

Cuando acabó de recorrer todas las cuevas, los soldados, que la esperaban, se postraron de rodillas á su paso.

—¡Dios bendiga á nuestra bella v

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

clamaron con las manos unidas y los ojos llenos de lágrimas de entusiasmo y de admiración.

—¡Callad! dijo Adelaida, que, al recordar á los perseguidores que habia olvidado, llevada de su ardorosa caridad, se habia asustado algun tanto, nada digais, no hay mérito alguno en lo que yo he hecho, porque Dios nos manda socorrer á nuestros hermanos cuando padecen; el que alimenta á los pajarillos, ¿se olvidaria de sus hijos? ¡No! Y me elije á mí como el pobre instrumento de su paternal bondad; si me amais, no divulgéis lo que habeis visto y oido.

Dichas estas palabras se alejó aquella Reina ejemplar; pero los soldados, poseidos de entusiasmo no supieron ni quisieron guardar secreto acerca de las virtudes de su Reina, y bien pronto la fama de su generosidad se extendió por todas partes.

IV.

Al cumplir los tres años de su casamiento, Lotario empezó á padecer una dolencia misteriosa, terrible.

Una languidez dolorosa invadia poco á poco su cuerpo, y la palidez vistió sus animadas, correctas y dulces facciones; todo alimento, áun los más sencillos, producian en su estómago una angustia tan dolorosa, que el desgraciado Príncipe temblaba sólo á la idea de pensar en comer.

Adelaida creyó, durante algunos meses, que aquella dolencia procedia de causas que pudiesen combatirse y practicó con su esposo los remedios que se acostumbran en semejantes casos; pero aunque todos los medicamentos eran preparados por su mano, ninguno producía el más leve efecto, y la dolencia del Rey se agravaba del modo más alarmante.

Los hermosos cabellos de Lotario se desprendian de su cabeza en mechones; sus bellos dientes caian como heridos de una enfermedad oculta. Adelaida